

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

No hemos querido dejar pasar esta ocasión sin dar algunos datos, pocos, sobre este gran poeta.

El día 17 del presente mes se cumple el primer centenario del nacimiento de Gustavo Adolfo Bécquer, poeta sevillano.

Había nacido el 17 de Febrero de 1836 en el castizo barrio del Potro, en la casa que más tarde habla de ser el núm. 26 de la calle del Conde Barajas. El bautizo se celebró el 25 de mismo mes en la iglesia parroquial de San Lorenzo.

El padre era pintor que luchaba por mantener a su numerosa familia con el producto de su arte, y firmaba sus obras con los dos apellidos paternos Domínguez Bécquer prescindiendo del de su madre Insausti. Usaba el apellido Bécquer porque según él tenía el doble encanto de ser poco conocido y de sonar bien y además porque con este apellido se le conocía en toda Sevilla.

La madre de Bécquer se llamaba Joaquina Bastida y su madrina Manuela Monchay. Era ésta última, señora de buena posición, que contaba con el afecto de todo el barrio y con la amistad de la familia de los Bécquer.

El nacimiento no fué del todo feliz. La vida de la criatura estuvo unos días pendiente de un hilo, pero el destino no dejaría morir al nuevo ser hasta que éste hubiese cumplido la alta misión que aquél le había confiado.

Al fin pudo celebrarse el bautizo y Doña Manuela de Monchay que tenía interés de ser madrina de lo que viniera al mundo, pudo al fin exclamar con satisfacción: *Ya tengo ahijado*. Los nombres que se le impusieron fueron los de Gustavo Adolfo, y en lo referente a los apellidos suprimieron primeramente al de Bastida y después Domínguez adoptando el de Bécquer.

Sus primeros estudios.

Muy niño aun Gustavo Adolfo, quedó huérfano de padre y madre. El primero, su constitución débil no pudo resistir el esfuerzo de su trabajo; y ella, también de naturaleza débil, no pudo soportar la viudez y murió al poco tiempo. Bécquer quedó pues, huérfano de corta edad, con sus hermanos todos varones. Tenía dos tíos, uno por parte de su padre y otro por parte de su madre. Este último, debido sin duda a que vivía con más desahogo que el anterior se hizo cargo de los niños.

Gustavo Adolfo tuvo más suerte que sus hermanos; pues a pesar de contar con la tutela

de su tío, tenía también la de su madrina Doña Manuela de Monchay, la cual le costeó los primeros estudios.

Bécquer empezó, a los 10 años a estudiar en el colegio de San Telmo para piloto, lo que causó extrañeza. ¿Por qué estudiar para piloto un muchacho que por su estado enfermizo y soñador, carecía por tanto de valentía y serenidad de la gente de mar?

Los estudios que él realizaba de náutica, para él habían de servirle por lo anotado anteriormente muy poco, en cambio la estancia en el colegio le había servido de mucho, ya que en él encontró una amistad, que había de fortalecerle durante toda su vida. El camarada se llamaba Narciso Campillo, ambos sufrían una interpretación errónea de sus aficciones éstos también estaban destinados a brillar en el campo de la letras.

No contentos con soñar; llevaron sus afanes a la práctica y el resultado fué un dramón sin pies ni cabeza escrito por ambos, al que titularon «Los conjurados» y que fué representado por sus condiscípulos. Probablemente a esta colaboración siguieron otras, y estos alumnos seguramente al mismo tiempo que se destacaban por sus aficciones literarias, se destacaban también por desaplicados.

Una disposición oficial obligó a que el colegio de San Telmo fuese cerrado contribuyendo, a que los dos amigos se separaran de aquellos estudios que no debían haber comenzado jamás; obligando a Campillo a que regresaran a su casa y a Bécquer a la de su generosa madrina.

A partir de este momento, la vida de Gustavo Adolfo cambia en apariencia, sin embargo en su fondo sigue siendo la misma. Antes era aislado de todo, en un colegio, donde soñaba. Ahora sus sueños se realizaban en el escenario de la casa de su madrina.

Bécquer que ya es un soñador incurable, lo mismo en el aula de su antiguo colegio que en la apacible habitación de su casa. Lo fué en Sevilla y lo sería en cualquier lugar de la tierra. Sueña a la sombra de la Giralda y soñaría bajo la torre Eiffel, a orillas del Guadalquivir y soñaría a orillas del Nilo. Siempre está en la biblioteca con uno u otro libro en las manos. Es doña Manuela la que corta el entusiasmo del lector.

La vigilancia de doña Manuela y el empeño constante de encauzar al muchacho por derroteros más prácticos y seguros que los de la pluma.

El constante afán de Gustavo Adolfo era la lectura. ¡Y si fuera eso sólo! Pero un día cuando doña Manuela fué a sacarlo de la biblioteca se encontró que no estaba leyendo sino que